

Valor

¿Por qué estoy aquí? No hay día que no me haga esa pregunta. Llevo seis meses aquí y sigo preguntándome ¿por qué? ¿Quién me mandaba a mí irme a México, prácticamente a la otra punta del mundo? Se supone que he venido a ayudar a los demás. Por eso acepté esta oferta, para tener la oportunidad de ayudar a alguien. Desde que era niña esta posibilidad siempre ha estado presente en mis planes de futuro y ahora que estoy aquí... Lo único que he hecho es pasar miedo y esconderme. Apenas me atrevo a salir a la calle. Todos los días hay tiroteos y matan a gente. Y nadie hace nada, eso es lo que más me indigna. Ni siquiera yo misma soy capaz de hacer nada. Aquí gobiernan los cárteles. Todos sabemos que es peligroso ir contra ellos. El otro día Antonio acabó en el hospital al intentar defender a una mujer de un par de "ladrones". Está en coma. No va a despertar.

Antonio es valiente. Más de lo que yo seré jamás. Cuando vine aquí mi idea era plantarme contra las injusticias, ser, de alguna manera una mártir, que muere luchando por sus ideas. Ahora sé que no puedo. Soy demasiado cobarde como para hacer nada extraordinario. Me limito a hacer mi trabajo. Reparto comida y curo a gente. Quiero hacer más. Debería hacer más.

Salgo a la calle. No debería haber salido a la calle, va a hacerse de noche. Pero tengo que salir. Ha habido una urgencia en el hospital y me necesitan. Aún así no me siento útil.

Llego al hospital y miro a mi paciente. Es un hombre joven, como de mi edad. Tiene tres balas en el abdomen.

-Ayúdame... - me dice en un susurro.

-Tranquilo, vas a estar bien- le digo intentando sonreír, aunque sé que probablemente no es verdad.

El enfermero me lleva a parte. Está asustado. Cuando empieza a hablar lo hace tartamudeando.

-V-vete a c-casa- me dice- N-no merece la pena.

No puedo creer lo que oigo. Al principio no puedo decir nada, porque no soy capaz de poner palabras a mis pensamientos, que bailan entre la ira y la incredulidad. Al final todos mis pensamientos desembocan en una única palabra, la única palabra posible.

-¿Qué?-digo.

-V-vete a casa- repite el enfermero- E-está muy grave. N-no pasaría de esta noche.

Tiene que ser broma. Ya es el colmo. No puede ser cierto.

-¿Me estás pidiendo que no cure a ese hombre?- suelto- ¿Qué no lo intente si quiera?

El enfermero mira a todos lados antes de responder.

-No sabes quién es- consigue decir- Vete a casa o escóndete aquí, pero no te acerques a él.

Me dan ganas de darle un puñetazo. Me controlo y simplemente le empujo con brusquedad. Llamo a mis ayudantes y les mando preparar el quirófano.

-Gracias- me dice el chico antes de anestesiarle- No mucha gente habría hecho esto.

- Tonterías- respondo preparando la jeringuilla- cualquier médico profesional lo haría. Para eso estamos aquí.

-No a mi- dice el hombre- Me metí en líos. Ellos mataron a mi hermano. Lo denuncié a los medios. A los medios extranjeros. Hablé con la policía. Les di información. Intentaron matarme a mí. Pero está bien. Ahora puedo ver la realidad.

Ha empezado a delirar. Le pongo la anestesia y empezamos a operar. No puedo dejar de pensar en lo que ha dicho. ¿Es este el chico de las noticias? Casi se me cae el bistrú. ¿Son "ellos"... ellos? La mano me tiembla demasiado. Basta. Sea o no debo ayudarle. Es mi deber.

Increíblemente la operación ha ido bien. El chico sobrevivirá. Me quito la bata y veo que todo el personal me está esperando fuera de la habitación. Incluido el director. Es este el que habla por todos.

-Señorita, me temo que no podrá seguir trabajando aquí- me dice.

-¿Y eso?- pregunto.

- Ha puesto en peligro a todo el mundo al operar a ese joven. Mañana saldrán ambos del hospital.

-¿Y qué va a ser de él?- digo.

Nadie responde. Todos sabemos la respuesta. De repente, seis meses de cobardía y miedo desaparecen, y explota. Es como si todas las injusticias que he vivido se concentraran en esta, haciéndola más grande y terrible.

No sé ni que digo. Chillo, grito, les insulto. Les llamo cobardes, corruptos. Antes de que nadie pueda detenerme entro en el almacén y cojo todo lo que necesitaré. Me doy cuenta de que es una locura, pero también sé que debo intentarlo.

Al volver nadie parece tener intención de detenerme. Solo me miran, como si fuera rara. No digo nada más. No merece la pena. Monto al chico en una ambulancia y me lo llevo a casa. He hecho lo que debía. Por fin. Me he plantado.

Lo tengo tres meses en casa. Se recupera. Parece increíble que nadie nos haya encontrado. Vivo con miedo, sí, pero por primera vez desde que estoy aquí tengo la conciencia tranquila.

Él no dice nada, me da las gracias con la mirada. Eso es suficiente. Una vez me dijo que no quería que me hicieran daño por su culpa. Le dije que no se preocupara, que no me importaba. Y descubrí que era cierto. Soy más valiente de lo que pensaba.

Cuatro meses después han pasado lo inevitable. Nos han encontrado. Él debe huir. Lo he arreglado con unos amigos. Lo sacarán del país. Yo no voy. Al llegar, quedarme en esta situación habría sido impensable. Ahora no. Sé que puedo ayudar a más gente. Por lo menos hasta que...

Han pasado dos semanas. Él ya está fuera del país. Me han dicho que ha llorado al saber que yo no iba. Lo siento. Ahora estoy trabajando. Estoy con unos niños pequeños, huérfanos.

Termina mi turno y vuelvo a casa caminando. Hace tiempo que no tengo coche. Al llegar y abrir la puerta encuentro a cinco hombres armados. Quiero gritar, pero un sexto al que no había visto me tapa la boca. Tengo miedo. A pesar de todo este momento parecía tan irreal, tan poco probable... No quiero morir. Pero no me arrepiento, sé que no me arrepiento.

Me ponen de rodillas. No puedo aguantar más y rompo a llorar. No sé si debería suplicar por mi vida. No quiero morir. No quiero morir.

Uno dice algo. No lo entiendo bien. Tengo mucho miedo. Me va a matar.

Uno me pone una pistola en la cabeza y cierro los ojos. Recuerdo al chico, su mirada de agradecimiento. Ha merecido la pena.

El disparo no me mata inmediatamente. Siento como la vida se escapa de mi cuerpo. Hay miedo, aunque sorprendentemente también hay paz. Veo al chico y sonrío. Ha merecido la pena. Ahora puedo descansar.

FIN